

Como no habia don Ramiro educado á su hijo, no habia deseado tener su confianza, y en efecto no la lograba. Alfonso le calló este suceso, y puso gran cuidado en ocultarle su turbacion y desasosiego. Entregado á las ideas de que se habia llenado con sus novelas, no conocia mas gusto que el de pasar las horas y los dias en la fuente en donde habia visto á Dalinda. Allí todo le representaba el objeto que su razon debia desterrar de la memoria. Fijando el pensamiento en su hermoso retrato, le parece que está viendo y admirando á la hermosura mas adornada de todos los encantos de la inocencia y de la virtud. Cerca de aquel bosque le debió la vida... sobre esa peña volvió en sí, y Alfonso mereció una mirada... Debajo de estas palmas estuvo sentada Dalinda; esta agua cristalina ha servido de espejo á su hermoso rostro... De este modo se consumia Alfonso entre vanos recuerdos: al modo que la fábula nos pinta al desventurado Narciso víctima de una loca pasion, así Alfonso, pálido, abatido y sin fuerzas, clava sus ojos anegados en llanto en la *Fuente del Amor*. Los ecos de aquellas peñas solitarias que tantas veces resonaron con el nombre de *Ines*, ya no repiten mas que el de Dalinda. La corteza de los árboles sirve de lápida á este nombre idolatrado: en las palmas en donde se leía el de *Ines*, ya no se ve mas que *Dalinda*. Al son de su guitarra cantaba Alfonso los romances que habia compuesto á Dalinda, y grababa en las peñas los versos que le dictaban el amor y la tristeza. Todas estas locuras de sus novelas le ocuparon enteramente algunos dias; pero como no es posible que sean permanentes los gustos contrarios á la razon, á poco tiempo se sosegó su imaginacion, el disgusto y tedio ocuparon el lugar del entusiasmo; cesaron las canciones y las endechas; enmudecieron los ecos; la fuente y los prados perdieron la virtud que tenian de inspirarle versos, romances, y amorosas melancolias.

Cuidadoso don Ramiro de la alteracion que notaba en su semblante y humor, le hizo algunas preguntas. Alfonso le confesó que el tedio y la ociosidad le consumian; y como se acordaba de que el extranjero le habia dicho que estaria en España bastante tiempo, añadió que tenia muchos deseos de ver á España. Don Ramiro, que por su parte no tenia ningun recurso de los que hacen amable la soledad, aceptó gustoso esta proposicion, y de allí á dos dias se pusieron en camino para España. Pasaron primero por la provincia

de Tra-os-Móntes, y de allí entraron en España por Galicia; despues atravesaron toda la parte setentrional de España, las Astúrias, la Vizcaya, Navarra, Aragon, y llegaron á Cataluña. Luego que Alfonso entró en España, la pasion que le ocupaba recobró su primera actividad; la esperanza y el deseo de encontrar á Dalinda, volvieron á encender un fuego que solo era fruto de una imaginacion exaltada. Estaba Alfonso impaciente de llegar á Madrid, creyendo que no podría dejar de hallar á Dalinda en la capital de España; pero don Ramiro quiso pasar algun tiempo en Cataluña: tuvo la curiosidad de ver el famoso Monserrate. Esta montaña es tan elevada, que cuando se ha llegado á lo mas alto, todas las montañas circunvecinas parecen al nivel de la llanura, lo que es causa de que se descubre una inmensa extension de terreno. Al pié de unos peñascos



se halla un antiguo monasterio. Pero lo mas digno de verse es el desierto: en él se encuentra un gran número de ermitas, asilos apreciables á los ojos de la verdadera filosofia. Cada habitacion de estas tiene su capilla, una celdita, un aljibe cavado en la misma roca y un jardin. Los ermitaños que viven en ellas son, casi todos, caballeros, que disgustados del mundo van á entregarse enteramente á la meditacion en aquella pacífica soledad.

Al ser de dia fueron don Ramiro y su hijo á Monserrate. Solo el aspecto de la montaña es capaz de quitar las ganas de subirla: su prodigiosa elevacion y las enormes puntas de peñascos que la cu-

bren, no hacen esperar un paseo muy agradable; pero entre sus breñas se hallan unos valles deliciosos, cubiertos por todas partes de yerba y de flores silvestres, y mil bosquecillos, obra todo de la naturaleza: las cascadas que se precipitan desde lo alto de los peñascos, su variedad de figuras, movimiento y ruido, hacen alegre y agradable aquella soledad, feliz morada de la paz y de la virtud.

Al entrar en el desierto encontró don Ramiro á uno de los ermitaños, que se estaba paseando con un libro en la mano. Su aspecto noble y venerable le hizo impresion. Al pasar junto á él iban hablando don Ramiro y su hijo, y apenas oyó el hermitaño hablar en portugues, cuando se acercó á ellos. Manifestó la alegría que tenia de haber encontrado con unos paisanos, y los convidó á descansar en su celda, oferta que los dos admitieron con mucho agradecimiento. El anciano presentó á sus huéspedes algunas frutas y legumbres. Despues de esto, Alfonso, que queria continuar su paseo, se salió de la ermita diciendo á su padre que le esperaria en el desierto. El hermitaño llevó á don Ramiro á su huerto, en donde se sentaron junto á una fuente sobre una peña.

Entónces don Ramiro tomando la palabra: Padre mio, dijo, ¿cuál ha sido la revolucion ó el reves de la fortuna que le ha sacado á Vd. de nuestra comun patria, y le ha fijado en esta soledad? Conozco en sus modales y conversacion que no habia Vd. nacido para acabar sus dias en un desierto. En efecto, respondió suspirando el anacoreta, demasiado he conocido, por mi desgracia, el mundo y la corte. Estas palabras avivaron mas la curiosidad de don Ramiro, y el anciano se convino en satisfacerla. Muy poco le importa á Vd. saber mi nombre, le dijo: doce años hace que vivo en esta soledad; ya en Portugal deben creer que he muerto: me he consagrado al olvido, y así nada diré de mi nacimiento, pero en pocas palabras le referiré á Vd. mi deplorable historia.

Iba á continuar la Marquesa, pero la Baronesa hizo la seña para acabar la velada; en vano pidieron todos que se prolongase un cuarto de hora, no hubo remedio, fué preciso irse á acostar.

Á la noche siguiente prosiguió la Marquesa contando la historia del ermitaño del modo siguiente:

« Mi familia es de las mas antiguas de Portugal, me dieron buena crianza, y heredé unos bienes regulares. Algunos servicios que hice

en campaña me granjearon la gracia y premios de mi soberano. Casé con una mujer á quien amaba, y tuve un hijo; nada faltaba á mi felicidad. Esta fué mi suerte hasta la muerte del rey, padre del actual: este suceso me quitaba un soberano que yo amaba, un protector, un padre; porque para el fiel vasallo y hombre de bien un rey bueno reúne en sí estos títulos sagrados. Dejé la corte, y retirándome á una posesion distante de Lisboa, me dediqué enteramente á la educacion de mi hijo. Este objeto único de mi cariño se aprovechó de mis cuidados, aun mas de lo que yo hubiera acertado á desear. Cuando tuvo edad suficiente para presentarse en la corte le confié á un pariente que le llevó á Lisboa, quedándome yo en mi retiro. Esta fué la primera vez que me habia separado de mi hijo, y con todo nunca fuí mas feliz que entónces... me figuraba sus adelantamientos, y esta idea me llenaba del mayor regocijo y de halagüeñas esperanzas, bien frágil y engañoso, pero con todo el mayor quizá que se nos ha permitido, y cuya dulzura nadie la siente como el corazon de un padre. Cuando el interes personal produce esta lisonjera ilusion, la reflexion la debilita, la modera ó la disipa. ¿Pero qué padre ha podido nunca limitar las esperanzas de las ventajas que desea á su hijo?... ¡Infeliz! Al principio creí que las mias se viesen cumplidas; mi hijo en efecto logró muy buena acogida. Su nombre, mis servicios pasados, que revivieron con su presencia, y mas que todo, su talento, su persona y genio, le consiguieron algunas distinciones que la baja emulacion de los áulicos y el amor de su padre fácilmente atribuyeron á principios de favor. Vió en Lisboa á una señorita que unia á las habilidades, á las virtudes y á todas las gracias de su sexo, las ventajas de un nacimiento ilustre, y crecidos bienes. Mi hijo aspiró á su mano, yo aprobé su eleccion, y esta inclinacion autorizada del consentimiento paternal debia decidir de su suerte. Los padres de la señorita consintieron en la union que debia hacer feliz á mi hijo, con el conque de que obtendria un empleo en la corte. Solicitó este empleo, y se lo prometieron para ántes de tres meses; pero se le encargó el mayor secreto hasta tanto que lo lograra, permitiéndole no obstante que lo participase reservadamente á los padres de la que debia ser su esposa. En efecto, al instante les dió parte de tan feliz noticia, y ellos le presentaron en calidad de marido á su hija, la que le manifestó en esta ocasion un afecto que puso el colmo á su felicidad.

Como no debía casarse hasta conseguir el empleo, se ausentó de Lisboa con el fin de hacerme saber él mismo las circunstancias de su fortuna. Gocé, pues, de la inexplicable satisfacción de estrechar entre mis brazos á este hijo idolatrado, y de la de ver cumplidos sus deseos. Mas, ¡oh infeliz! Al tiempo mismo que yo me juzgaba el padre mas venturoso, un bárbaro, un monstruo urdía la execrable trama que me privó de mi esposa é hijo.

« Lleno de candor y franqueza no habia podido mi hijo dudar de la probidad de un traidor, que solo deseaba lograr su confianza, para perderle con mas seguridad : este pérfido, levantado desde el cieno á la privanza por un capricho de su soberano, temió en mi hijo un rival peligroso, pero disimulando su envidia le hizo mil demostraciones de amistad, y obtuvo á poca costa toda su estimacion. »

Á este punto de la narracion del ermitaño, don Ramiro se turbó enteramente, pero su huésped no lo advirtió, y prosiguió diciendo :

« Cuando mi desgraciado hijo solicitó el empleo que tanto deseaba, se lo confió á este hombre abominable, que no pudiendo por entónces dañarle, fingió que participaba de su regocijo; pero la ausencia de mi hijo le facilitó los medios de ejercer su rabia. Tenia mucho poder con el rey. Levantó á mi pobre hijo una atroz calumnia, y supo persuadir á un príncipe joven, débil y sin experiencia. La gracia concedida fué revocada, el empleo dado á una vil hechura del indigno favorito, y mi inocente hijo desterrado á mi casa. Solo supe esta cruel noticia cuando recibí la orden del rey, que mandaba á mi hijo no saliese de la provincia, al mismo tiempo que él recibió una carta de la señorita, en que le decia lo siguiente :

« Vd. nos ha engañado del modo mas indigno : mis padres y yo « sabemos por muy cierto que nunca se le prometió á Vd. el empleo « que acaban de dar á otro. Por tanto, olvide Vd. hasta el nombre « de la infeliz, que jamas podrá consolarse de haberle podido es- « timar un solo instante. »

« Luego que hubo acabado mi hijo de leer esta fatal esquila, exclamó : ¡Con que ya he perdido para siempre el honor y lo que mas idolatro!... Al acabar estas palabras pierde el color, le faltan las fuerzas, cae, y extiende sus brazos hácia mí. Me arrojo á soste-

nerle... ¡horroroso recuerdo! le abrazo, le estrecho contra mi pecho... ¡padre infeliz! ya no tenia hijo... Su desgraciada madre, testigo de esta horrible escena, cae desmayada como si hubiese recibido el mismo golpe : vuelve en sí; pero trastornado su juicio, pierde el uso de él, y conserva á pesar de esto el sentimiento de su desgracia... En fin, víctima sensible del amor materno, á los tres dias siguió á su hijo al sepulcro... Y yo, padre y esposo desgraciado, condenado á sobrevivirles, no podia tolerar mi existencia sino por el deseo de vengarlos... ¡Oh tú, exclamé, Arbitro Soberano de la suerte de los mortales infelices; Supremo Ser, que has descargado sobre mí tu riguroso brazo! dignate á lo ménos de oír, desde el profundo abismo en que me ha sumergido tu cólera, la voz de mi desesperacion. Los gritos del inocente oprimido llegan á ti; nunca has desechado sus oraciones... ¡Infeliz! No te pido felicidad; he perdido la mia para siempre. Venganza es lo que te pido, lo puedo hacer, pues que imploro tu justicia. Te pido que el cobarde y pérfido enemigo cuyos artificios han causado la muerte de mi esposa é hijo... Sí, pido que ese monstruo pierda á un mismo tiempo su privanza y su fortuna... Hijo tiene, pues que llore como yo, y que sobre todo sea su hijo el instrumento de tu justicia y mi venganza.. »

Calló el ermitaño al ver que don Ramiro consternado y temblando hizo un movimiento para levantarse.

« Se horroriza Vd., le dijo; tanto odio y deseo de venganza son causa, ya lo veo, de que tema Vd. oír el resto de mi historia. No tema Vd., no hay nada de trágico en lo que queda de mi narracion. El cielo trocó mi corazon, y á poco tiempo abjuré los sentimientos violentos que la religion condena... »

No pudo don Ramiro responder en un rato : el espanto y el terror, embargándole el movimiento y la voz, le habian convertido en estatua... En fin, levantándose de repente, exclamó : « ¿En dónde estoy?... ¡Á qué sitio he venido!... — ¡Ah Señor! ¿Qué me indica la turbacion y espanto que noto?... ¿Hablé imprudentemente?... Conoceria Vd. á mi cruel perseguidor? ¿Será Vd. por ventura su amigo?... — Ese perseguidor, ese bárbaro, en fin don Ramiro... — Sí, él es; sí, señor, confieso que ha nombrado Vd. al autor de mis desgracias... — Don Ramiro... — ¡Ah! no repita Vd. ese funesto nombre; no puedo oírle sin horror... — ¡Oh desgra-

ciado Alvarez!... Pero á lo ménos sepa Vd. que el justo cielo ha tomado por su cuenta el castigo... — ¿Qué dice Vd.? ¿No es él ya quien manda en Portugal? — Arruinado, despojado de todos sus honores y riquezas, sin parientes ni amigos, ya no tiene mas que tardos arrepentimientos y remordimientos que le despedazan... — Si es cierto que padece, le tengo lástima... — ¿Vd. compadecerle; será posible? — No hay duda... Pero, señor, Vd. llora... ¿Qué rayo de luz me alumbra?... ¡Gran Dios! Si fuese... — Sí, yo soy ese infeliz, exclamó don Ramiro arrojándose á los piés de Alvarez, quien sobrecogido de un horror involuntario, se hace atras estremeciéndose. ¡Oh padre mio! prosiguió don Ramiro, dignate de revocar la funesta imprecacion que ha hecho caer sobre mi cabeza todas las venganzas del cielo. Confieso que debes aborrecerme; no hay expresion que explique el horror que mi presencia te debe causar; pero considera que soy el mas desgraciado de los hombres... Un hijo me queda, él puede consolarme... ¡Ah padre mio! deja ya de maldecirme; no desees que mi hijo haga completas mis desventuras... » Levantando el ermitaño los ojos al cielo, exclamó : « ¡Gran Dios, don Ramiro en mi celda! ¡don Ramiro suplicando á mis piés, y dándome el sagrado nombre de padre! ¡Este dulce nombre, que era en otros tiempos mi gloria y mi felicidad! Este nombre... que él mismo me ha robado. Pero no temas, sosiégate, prosiguió arrojando á don Ramiro una mirada compasiva, há mucho, vuelvo á decirte, que no abrigo en mi pecho la venganza... ¿Lloras, te quejas de tu suerte? ¿te persiguen? Habla, dime : ¿estás proscrito? Esta ermita será tu asilo; partiéndola contigo sabré cumplir con las leyes santas de la hospitalidad. No tienes que temer que te haga indignas reconvenções, no : si necesitas de mi amparo, no hallarás en mí sino un amigo, un padre... — ¡Oh grandeza de ánimo, que me confunde! ¿Es posible que el hombre pueda llegar á un grado tan sublime de virtud?... — No, Ramiro, no busques en el corazon del hombre una generosidad de que no es capaz : no admires al flaco y débil Alvarez, pero adora y reconoce la obra del Poder Supremo y de la religion. »

Diciendo esto, el ermitaño extendió los brazos hácia don Ramiro, y se adelantó para abrazarle. Las lágrimas de don Ramiro corrieron en el seno del virtuoso Alvarez, en aquel seno que él habia despedazado cruelmente.

Un cuarto de hora despues de esta tierna reconciliacion volvió Alfonso á la ermita. Despidióse don Ramiro del anciano, y se fué, llevando en su corazon los remordimientos mas crueles, y los mas funestos presagios. No podia apartar de su memoria la maldicion



que Alvarez le habia echado; parte de ella se habia verificado con la pérdida de sus bienes y honores, y á pesar del generoso perdon de Alvarez, se sentia demasiado culpado para no temblar que el cielo cumplierse enteramente la súplica que en los primeros raptos de su dolor hizo el desdichado anciano oprimido tan injustamente. ¡Desgraciado de mí! decia don Ramiro en su mayor infortunio, encargó al cielo el cuidado de su venganza, esta será terrible... ¡Oh hijo mio! Tú vendrás á ser el instrumento de la Divina Justicia. ¡Solo Alfonso puede ya completar la venganza de Alvarez!

Lleno de estas funestas ideas, siempre estaba don Ramiro triste, taciturno y pensativo; cada vez que miraba á su hijo se le arrasaban los ojos en lágrimas : sentia al verle una inquietud no conocida, y una opresion de corazon inexplicable. En una palabra, ya no disfrutaba sino á médias de la dicha de ser padre.

Despues de haber visto á Tarragona y Tortosa salieron don Ramiro y su hijo para Madrid. Alfonso esperaba que en Madrid hallaria á Dalinda, pero fué vana su esperanza ; no obstante, por las señas que dió supo de algunos que en efecto habia estado en Ma-

drid : supo asimismo que su padre se llamaba Thelismar, que era sueco, que aun debia estar algun tiempo en España, y que habia ido á Granada.

Estas noticias que Alfonso adquirió á escondidas de su padre, le inspiraron un deseo vivísimo de ir á Granada. Don Ramiro, que llevaba siempre consigo sus pesares y tristezas, convino sin dificultad en salir de Madrid ántes de lo que habia pensado. Pasaron primeramente por Toledo : vieron en esta ciudad el Alcázar ó Palacio antiguo de los Moros, cuya arquitectura es un compuesto de la romana, gótica y morisca. Lo que mas los prendó en el Alcázar fué el hospicio establecido para los pobres de la ciudad y sus cercanías por el arzobispo de Toledo. En este hospicio se hallan manufacturas y escuelas de dibujo ; se mantienen en él cerca de doscientos niños, y se les procura inspirar la afición al trabajo, y el amor á la virtud. Las mujeres y los viejos hallan tambien un asilo en este antiguo palacio, consagrado hoy dia, por el zelo y religion de un digno prelado, á la humanidad desventurada.

Después de haber estado algun tiempo en Toledo tomaron nuestros viajeros el camino de Córdoba ; pasaron por Sierra Morena<sup>1</sup>, lugares en otro tiempo incultos y abandonados á las fieras, y ahora convertidos en agradables poblaciones y fértiles campiñas, gracias al amor y pródiga beneficencia del soberano. Córdoba, situada en las orillas del Guadalquivir, está á la falda de unas sierras que son parte de Sierra Morena. Esta ciudad, tan célebre en tiempos pasados, no conserva de su grandeza antigua mas que un recinto muy vasto, y la soberbia mezquita que Abderramen hizo edificar antiguamente<sup>2</sup>.

Tres dias se detuvo don Ramiro en Córdoba, y después siguió su viaje. No pudo Alfonso ménos de conmoverse cuando descubrió á

<sup>1</sup> Llámase así porque está cubierta de varios árboles y arbustos que siempre están verdes, por lo cual desde lejos parece del todo negra.

<sup>2</sup> Esta Mezquita en el tiempo de los Musulmanes era un edificio de figura cuadrilonga con un tejado chato que estribaba sobre unos arcos. No tenia proporcion alguna : su altura era de treinta y cinco piés no mas : su anchura de cuatrocientos y veinte piés, y su longitud de quinientos y diez, incluso el grueso de las paredes. El techo estaba sostenido segun algunos por mil columnas ; y segun otros por ochocientas poco mas ó ménos : tenia entonces esta mezquita veinte y cuatro puertas, y ardian continuamente en ella mas de cuatro mil lámparas.

Ahora solo existe una porción de la mezquita, la cual se ha convertido en catedral ; se entra en ella por 16 puertas ; tiene 620 piés de longitud, con 440 de ancho ; hay en ella gran número de columnas de mármol de diferentes especies, y tiene un patio vestibulo poblado de naranjos y lleno de fuentes.

Granada<sup>1</sup>. Creia encontrar en esta ciudad á Dalinda, pero esta esperanza le duró muy poco ; sin embargo, á pesar de su preocupacion é impaciencia, no pudo ménos de admirar la hermosa y brillante situacion de Granada y sus soberbios edificios<sup>2</sup>, monumentos antiguos y curiosos, cuyas ruinas traen á cada paso á la imaginacion la magnificencia de los árabes. Admiró principalmente la Alhambra y el Generalife : se deleitaba en aquellos lugares llenos de inscripciones y versos, que le hacian acordarse de los amores de los antiguos reyes de Granada, de las desgracias de los Abencerrages, de las persecuciones y triunfo de una hermosa y virtuosa reina, y de todas las demas cosas admirables que habia leído en las novelas.

Pero pensando mas que nunca en Dalinda y Thelismar, no tardó en saber que quince dias ántes de llegar él habian salido de Granada para Cádiz ; que habian determinado estar en aquella ciudad seis semanas, y embarcarse después para viajar por las costas del África. Mucho sintió Alfonso estas noticias ; no intentó obligar á su padre á que fuese á Cádiz, porque este habia dicho positivamente al llegar á Granada que desde allí se volveria sin mas detencion á Portugal.

El deseo de viajar y de ver á Dalinda, la esperanza de hacer fortuna, la ambicion, el amor, y sobre todo, el orgullo, el ocio y curiosidad inspiraron al culpable Alfonso la imprudente y cruel resolucion de huir secretamente, irse á Cádiz, y abandonar á su padre. Mucho trabajo le costó el determinarse á tomar un partido tan violento ; pero al fin, no atendiendo á los gritos que le daba la conciencia, empleó todo su ingenio en buscar pretextos especiosos que le excusasen á sus propios ojos, y que apoyasen su criminal determinacion. Mi padre, se decia á sí mismo, ha perdido cuanto tenia, no le queda

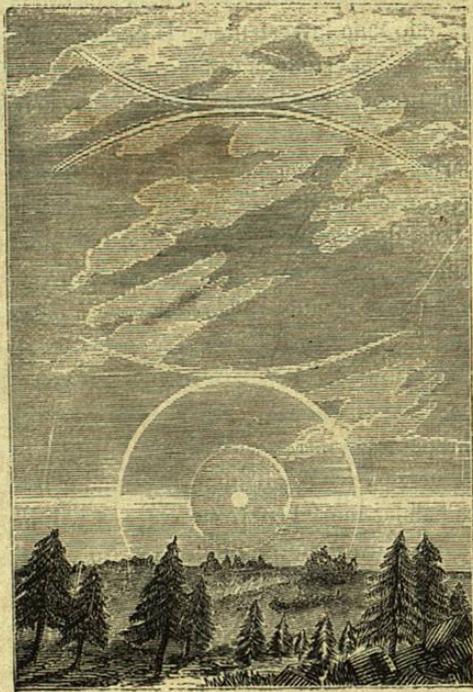
<sup>1</sup> Granada está situada al pié de la Sierra Nevada, y edificada sobre dos colinas separadas por el Darro. El Genil baña sus murallas : estos dos rios se forman de las nieves derretidas que cubren siempre la Sierra.

<sup>2</sup> Los monumentos mas notables de Granada son : la *Alhambra*, antiguo palacio de los Moros, en cuyo interior se ve otro mas moderno, y no obstante ya destruido, que Carlos Quinto hizo construir : hoy dia no tiene este mas que las cuatro paredes. Se le dió poca extension para conservar el palacio moro que se destinaba para habitacion de verano. En la Alhambra se hallan las reliquias de la mayor magnificencia, columnas de mármol, fuentes, bajos relieves, una prodigiosa cantidad de inscripciones, etc. Se admira entre otros monumentos el soberbio Patio de los Leones. El *Generalife* es otro palacio moro que comunica con el de la Alhambra ; está edificado sobre una montaña muy elevada ; por todas partes se ven surtidores de agua ; los jardines están dispuestos en anfiteatro ; su situacion es de liciosa, y mejor que la de la Alhambra.

mas que una corta pensión que apénas puede mantenernos á los dos; dejándole solo podrá vivir con mucha mas comodidad. Ademas, que mi presencia le enfada y le importuna, y principalmente de algun tiempo á esta parte veo que mi conversacion y trato le molestan. Está triste, pensativo, y no habla; y yo procurando distinguirme y salir del abatimiento y oscuridad en que estoy, trabajaré para él : si consigo honores y riquezas, serán suyas. Lo que me aparta de su lado por algun tiempo es el deseo de la gloria y de su felicidad; mi ausencia le causará alguna pena, pero mi vuelta enjugará su llanto y le hará feliz para siempre. Estas reflexiones hacia Alfonso, y al mismo tiempo suspiraba y se enternecía. Si hubiese querido consultar á su corazon, al honor y á la prudencia, fácilmente habria conocido su desvario é ingratitud; pero como no queria mas que alucinarse, fácilmente lo consiguió; mas no pudo ahogar enteramente los remordimientos que le molestaban de continuo. Firme ya en su resolucion, la ejecutó al punto : sedujo al criado de su padre, y le comunicó todos los medios que habia imaginado para facilitar su huída. Convinieron en que Alfonso se escaparia aquella noche, que el criado le esperaria con dos caballos á las puertas de la ciudad, y que irian sin detenerse hasta Loja, por ser camino que el criado sabia. No tenia Alfonso dinero alguno; pero habia conservado del desastre de Lisboa las joyas que tenia puestas : don Ramiro habia vendido todas estas alhajas, excepto dos sortijas de bastante precio que le habia dejado. Vendió secretamente una de ellas, por la cual le dieron cuatrocientos pesos fuertes, cantidad que le pareció suficiente para dar vuelta al mundo si era menester. El día señalado para la huída fingió Alfonso que tenia una fuerte jaqueca, tanto por disimular su turbacion y desasosiego, como por hacer que su padre se acostase temprano. En efecto, aquella noche don Ramiro se recogió á las ocho. Cuando Alfonso se despidió de él le pareció que el corazon se le salia del pecho : corrió á encerrarse en su cuarto, pero siempre atormentado de remordimientos. Llorando escribió una carta en que decia á su padre los motivos de su fuga, pero sin darle parte del camino que iba á tomar, ni de su extravagante pasion : dejóla sobre una mesa para que á la mañana siguiente la pudiese ver don Ramiro. Hecho esto, se emboza en su capa, y como tenia que andar mucho se quitó los zapatos que llevaba, se puso unos muy gruesos ribeteados con tachuelas, y tomó en la

mano un palo con un chuzo en la punta. La bolsa con todo su caudal se la metió en un bolsillo, y en el otro una cartera en donde estaba la sortija que le quedaba, y la banda de Dalinda. Abrió una ventana, y descolgándose por ella se halló en un patio, de cuya puerta tenia él la llave, y salió sin ser visto. Atravesó prontamente la ciudad; á cien pasos de las puertas halló al criado que le esperaba, y montando á caballo tomaron el camino de Cádiz.

No podian andar muy aprisa á causa de estar la noche muy oscura : el temor de que le siguiesen, las dolorosas reflexiones que se le presentaban en tropel, la inquietud, su conciencia y el arrepentimiento despedazaban alternativamente su corazon, y le infundian una especie de terror invencible, al que hacian mucho mayor las tinieblas de la noche. Dos horas habria que caminaban, cuando un espectáculo pasmoso le sacó de entre estas tristes reflexiones :



ve que de repente desaparece la noche, y en su lugar amanece un dia tan claro que le deslumbra. Levanta la cabeza, y advierte en el cielo un globo resplandeciente de fuego que parecia iba á precipi-

tarse sobre la tierra, y que se aumentaba al paso que se iba acercando : presentaba á la vista mil colores muy brillantes, y dejaba tras sí un rastro de luz que señalaba su curso : remontándose despues poco á poco arrojó por todos lados innumerables chispas y centellas parecidas á las de los fuegos de artificio : reventó finalmente, y salieron de su inmensa mole dos volcanes, que separados de él tomaron la figura de dos grandes Arcos Íris; uno fué á apagarse hácia el Norte, y el otro hácia Levante. Entónces pareció que el globo iba á ménos; de allí á poco rato desapareció del todo, y sucedieron las deusas sombras de la noche á la luz mas resplandeciente<sup>1</sup>.

Todos son agüeros infaustos para una conciencia turbada, y por tanto no bastó el ánimo de Alfonso á resistir la impresion que este prodigio le habia causado : se acrecentó su tristeza y miedo, arrimó las espuelas al caballo para distraerse á lo ménos con el movimiento, y siguió galopando todo lo restante de la noche. Conoció su criado al amanecer que habia errado el camino, y mirando Alfonso á todas partes descubrió un terreno árido y cubierto de peñascos; no pudiendo hallar ningun camino ó senda trillada, se apeó, y atando el caballo á un árbol, fué con su criado hácia la peña mas elevada que alcanzó á ver, con ánimo de probar si desde su altura descubriria la ciudad de Loja, de la cual no podian estar muy distantes. No habia andado Alfonso veinte pasos, cuando de improviso se pára sobre una peña : una fuerza incontrastable le detiene á pesar suyo; el palo que llevaba en la mano se clava en la piedra, y parece que ha echado raiz<sup>2</sup>... ¡ Oh padre mio ! exclama : ¿ acaso es este castigo del cielo que quiere vengaros con este inaudito prodigio... no pudo decir mas, el espanto, el terror y los remordimientos que le oprimen aniquilan sus fuerzas, y le dejan inmóvil y mudo; los cabellos se le erizan : y una palidez mortal cubre su rostro... ¡ Ah mamá, exclamó Pulqueria, temia convertirse en estatua !... No sucedió así, replicó

<sup>1</sup> Este globo de fuego era un metéoro.

<sup>2</sup> Es menester acordarse de que las suelas de los zapatos de Alfonso estaban ribeteadas de clavos, y que el regaton ó chuzo del palo que llevaba era de hierro.

Los antiguos, dice Mr. de Bomare, conocian la virtud que tiene el iman de atraer el hierro : y si se cree á Plinio, fué por el acaso de un pastor, que sintió que los clavos de sus zapatos y el cabo de su baston, que era de hierro, se agarraban á un peñasco de iman, sobre el cual estaba entónces; pero no conocian la que tiene de dirigirse hácia los polos del mundo.

sonriéndose la Marquesa, aunque él se lo temió, porque le ocurrió ese mismo pensamiento. — Lo creo muy bien : la fuerza invencible que le tenia clavado sobre la peña le debia hacer temer cualquier desgracia. — Y con todo, esa fuerza invencible era una cosa muy natural. — Vd. nos ha prevenido que *todo lo maravilloso sería cierto*... Mas aquel globo de fuego, este fatal peñasco... todo parecia tan fuera de lo regular... pero, mamá, volvamos al pobrecito Alfonso. — Estaba en la situacion que acabo de pintaros, cuando vió que el cielo se cubria de nubes : levantóse una ventisca furiosa, y comenzó á llover. ¿ Pero cuál fué el pasmo de Alfonso al ver el horroroso color de aquella lluvia ? Repara que sobre las peñas blanquecinas que le circundan caen unas gotas disformes de color casi morado. Muy pronto se halla casi empapado en aquella agua sangrienta que inunda sus manos y vestido, y que chorreando de las peñas forma al rededor un espantoso arroyo de sangre<sup>1</sup>. Penetrado de horror hizo Alfonso un esfuerzo para apartarse, si era posible, de aquel sitio fatal : soltó el palo, que se quedó derecho como si le hubiesen clavado en la peña : entónces se arroja, y consigue desprenderse del peñasco, cayendo en la arena casi sin sentido. Á este tiempo llegó su criado asustado con la lluvia de sangre; le ayudó á levantarse, le dijo que habia encontrado el camino, y al punto montando á caballo huyeron de aquel paraje.

Alfonso descansó dos horas en Loja; allí tomó mulas y un mozo, y prosiguió su camino : atravesó el monte Orospeña, pasó por la antigua ciudad de Antequera, y fué sin detenerse hasta Málaga. En lo restante de su viaje no le sucedió cosa particular. Llegó á Cádiz bueno y sano, y se hospedó en la primer posada que le indicaron.

Al subir la escalera para ir á su cuarto, llegó á sus oidos la voz de una mujer que cantaba acompañándose con el arpa : se estremeció al oirla, y guiado por la voz se paró á la puerta del cuarto de la que cantaba; escuchó desde allí el tono mas dulce y el estilo mas agradable. No pudo desconocer la voz, cuyos acentos habian penetrado hasta lo íntimo de su pecho : enajenado y fuera de sí bajó

<sup>1</sup> La supuesta lluvia de sangre sucede solamente en tiempo de tempestades, y sobre todo en el verano. No es extraño que la mayor parte de los insectos que buscan su pasto en las ramas de los árboles; sean arrebatados y hechos pedazos con la violencia del aire, lo que ocasiona que al caer aparecen ensangrentados; y así llueve sangre de insectos. (*Diccionario de Historia Natural*, por M. de Bomare, en la palabra Lluvia.)